

“Andar atenta”. Experiencias de mujeres jóvenes universitarias y su configuración de sujeto en Santiago de Chile

Felipe Ulloa Fuentealba¹

Recibido: 28 de febrero, 2020

Aceptado: 17 de mayo, 2020

RESUMEN

Este artículo se enmarca en una investigación empírica sobre los procesos de individuación de mujeres jóvenes universitarias en la ciudad de Santiago de Chile. Desde las sociologías de la individuación y utilizando las propuestas de Kathya Araujo sobre el trabajo de los individuos y el trípede analítico, se indagó en torno a las relaciones sociales en el espacio público urbano de un grupo de mujeres jóvenes universitarias. El artículo discute los resultados respecto a las modalidades en que dichas mujeres se producen a sí mismas como sujetos en la ciudad de Santiago. Los resultados plantean que las jóvenes deben producirse a sí mismas como sujeto fuerte —“hay que andar siempre atenta”—, en tanto se da una particular ambivalencia en relación con el espacio urbano, entre el miedo y el placer de la ciudad.

Palabras clave | *individuación, mujeres jóvenes universitarias, experiencias urbanas, acoso sexual callejero, sujetos fuertes.*

¹ Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago de Chile. felipe.ulloa.f@usach.cl

ABSTRACT**“Be alert”. Experience of young university women and subject configuration in Santiago de Chile**

This article is part of an empirical investigation of the processes of individuation among young university women in the city of Santiago de Chile. From the sociologies of individuation and the use of Kathya Araujo's proposals relating the work of individuals and the analytical tripod, social relations were investigated in the urban public space of a group of young university women. The article discusses the results regarding the modalities in which such women produce themselves as subjects in the city of Santiago. The results suggest that these young women must produce themselves as strong subjects —“we must always be alert”—, while there is a particular ambivalence relating urban space, between the fear and pleasure of the city.

Keywords | *individuation, young university women, urban experiences, street sexual harassment, strong subjects.*

LA PROBLEMÁTICA

Al plantear la cuestión de las mujeres y su relación con el espacio urbano, no se puede iniciar la revisión sino a través de los altos niveles de violencia que ellas perciben en la vida cotidiana, donde el género se articula como una fuente constante de malos tratos (Falú, 2009; Gaytan, 2011; Soto, 2012, 2018). Tal tendencia no es ajena a la sociedad chilena (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo [pnud], 2017): si ya un 49% de hombres perciben la ciudad como insegura, para el caso de las mujeres la cifra alcanza un 79% (Servicio Nacional de la Mujer [sernam], 2012). Para el año 2016, en un estudio sobre acoso sexual callejero, se plantea que un 55% de hombres reportaba algún tipo de trato sexualizado en el último año, mientras que para el caso de las mujeres la cifra alcanza a un 85% (Observatorio de Acoso Callejero [ocac] 2016, p. 17). En el caso de las mujeres, la principal fuente de inseguridad se relaciona con la violencia sexual. En este sentido, se ha visibilizado el acoso sexual callejero como una de las formas más extendidas de violencia de género en espacios

públicos, a la vez que una forma estructural de violencia.² Se la define, en este sentido, como todas las prácticas de connotación sexual que ocurren de manera unidireccional entre desconocidos en el espacio público urbano (Gaytan, 2009). Esto no hace sino confirmar el hecho de que son las mujeres, y en específico las mujeres jóvenes, quienes más viven violencia sexual en los espacios urbanos (Dalmazzo, 2011; Falú, 2009; Gardner, 1995; Gaytan, 2009, 2011; Mendes & Schwarz, 2012; Observatorio de Acoso Callejero [ocac], 2016; Sandoval, 1998, entre otros).

En el último tiempo, gracias a las discusiones feministas y a las transformaciones en el área de género, el debate y la crítica sobre el acoso callejero se ha instalado en las discusiones públicas y académicas, como también ha habido un aumento de la sensibilidad con que se aborda este problema (Arancibia, Billi & Guerrero, 2017; Soto, 2018). En el marco de esta perspectiva, también se subraya que este tipo de violencia constituye una barrera para el uso y disfrute de la ciudad por parte de las mujeres, y la libertad de que gozan en ella (sernam, 2012). Se trata, en definitiva, de una ciudad hostil para las mujeres,³ donde su vida cotidiana se ve generalmente afectada y modificada por la presencia del acoso, lo que se manifiesta en aspectos tan comunes como la forma de vestir y los lugares por los cuales caminan (Gaytan, 2011), las precauciones para salir de noche (que se dan en un 91% en mujeres, frente a un 53,5% en hombres) y, en general, en las posibles formas de evitar estas situaciones percibidas como peligrosas (ocac, 2016; sernam, 2012). De igual manera, cabe destacar que se sigue prestando poca atención a las estrategias y respuestas concretas utilizadas por las mujeres ante este tipo de violencia.

² Como se sabe, la violencia es una experiencia extendida en la vida de las mujeres (Segato, 2003). En variados ámbitos, las mujeres son víctimas de diversas formas de abuso y hostigamiento sexual (Red Chilena Contra la Violencia Doméstica y Sexual, 2007). La violencia y el machismo se enlazan para conformar uno de los núcleos duros que se enfrenta en un horizonte de igualdad de género (PNUD, 2010, 2019).

³ Basado en un estudio cuantitativo, el Observatorio Contra el Acoso Callejero ha indicado que, para 2015, un 76% de las personas encuestadas declaraba haber vivido algún tipo de acoso callejero durante los últimos doce meses. Destaca que experiencias de este tipo son más extendidas entre las mujeres que en los hombres; y, en segundo lugar, que los segmentos etarios más jóvenes de la población femenina, entre los 18 y 34 años, plantean, en un 97%, haber sufrido acoso callejero por lo menos una vez en el año (OCAC, 2015, p. 5).

Por su parte, recientes estudios en Chile, y en particular respecto de la ciudad de Santiago, expresan que sus calles son hoy en día un escenario central donde se ponen en juego las expectativas de igualdad de trato (Araujo, 2019). Debido a transformaciones estructurales de la condición histórica en el país, las interacciones ordinarias y comunes de los individuos, y los lazos sociales, han comenzado a ser evaluados desde el principio normativo de la igualdad (Araujo, 2013).

En consonancia con lo anterior, este artículo sostiene que, pese a ser las ciudades y sus calles un espacio privilegiado de despliegue de las relaciones sociales, en Santiago de Chile tal dimensión se ve muchas veces anulada por los importantes niveles de desigualdad y segregación espacial de la ciudad, situación reforzada por las deficientes condiciones urbanas y materiales que la caracterizan. Son diversos los estudios que se hacen cargo de tal realidad (Casgrain, 2014; De Mattos, Fuentes & Link, 2014; Fuentes, McClure, Moya & Olivos, 2017; Márquez, 2003); no obstante, a pesar de su riqueza analítica, ellos no dan cuenta de otros aspectos problemáticos de la experiencia urbana, relacionados con el género, edades, culturas urbanas, entre otros. Recogiendo tales situaciones, esta investigación reconoce e incorpora en ella el carácter multidimensional y problemático de las desigualdades espaciales y de la movilidad cotidiana urbana (Jirón & Imilán, 2019).

LA INVESTIGACIÓN

Basada en los antecedentes de la violencia de género en espacios públicos que viven en especial las mujeres jóvenes, y la problemática percepción de las relaciones sociales en la actual sociedad chilena, esta investigación se propuso comprender el fenómeno de la juventud femenina en la ciudad desde la individuación y el trabajo de los individuos (Araujo & Martuccelli, 2010).

Las juventudes son un interesante actor para la observación, sea por la manera en que perciben sus interacciones, su comportamiento y el encuentro con otros en la vida urbana, o para comprender algunas transformaciones estructurales donde se ponen en juego formas emergentes y novedosas de relacionarse con lo social (Bourdieu, 2013; Duarte, 2015; Hopenhayn, 2011; Instituto Nacional de la Juventud [injuv], 2019). Por otro lado, interesarse por las juventudes desde la perspectiva de la individuación responde a la necesidad de proponer nuevas lecturas en este campo de estudio, debido a la

heterogeneidad de las experiencias de dicho sector de la población (Duarte, 2015, 2018; Frei, 2017; Frías & Garcés, 2019). Es decir, la necesidad de dar cuenta de sus experiencias situadas y pruebas específicas, para comprender la manera en que las transformaciones de la condición histórica del país y de la sociedad han impactado a este conjunto de la población. Las juventudes de una sociedad no pueden ser entendidas solo a partir de indicadores cronológicos y de edad (es decir, como “población joven”); deben ser categorizadas según las condiciones históricas y materiales que las diferencian, en tanto las significaciones de la juventud de una sociedad, los signos de distinción, asociatividad, reflexividad, y en general sus especificidades, hablan de la sociedad misma.

En esta investigación se utiliza la noción de “juventudes”, más que de “jóvenes”, atendiendo a la discusión que propone que la primera denominación permitiría reconocer las heterogeneidades y singularidades propias de este sector de la población, mientras que la segunda noción tendría un efecto reductor y homogeneizante, y las más de las veces, además, estaría construido en asociación con rasgos anómicos y violentos (Duarte, 2015, 2018, entre otros).

Para el caso chileno, al menos desde la década pasada, las juventudes habrían mostrado una importante recepción de los discursos de igualdad y derecho (Hopenhayn, 2011). Tal como la investigación empírica muestra, es a partir del funcionamiento efectivo de la igualdad, o de su ausencia, como las juventudes se autoperceben en el mundo social (injuv, 2019). Lo anterior se ha evidenciado en Chile tanto en el decisivo rol que han desempeñado las juventudes en los ciclos de protesta y de acción colectiva de la última década a través del movimiento estudiantil (Fauré, 2020; Sandoval & Carvallo, 2019), como en el llamado otoño o “mayo feminista” del 2018 (Zerán, 2018). De igual manera, las juventudes ocuparon un lugar decisivo y problemático durante el estallido social de octubre 2019 (Frías & Garcés, 2019), a través de un conjunto dispar de manifestaciones; entre ellas, especialmente y de interés para esta investigación, las manifestaciones y voces feministas (Fernández & Moreno, 2019).⁴

⁴ Especial impacto tuvo la performance *Un violador en tu camino* desarrollada por Las Tesis, un colectivo feminista y autonomista de Valparaíso. La performance se replicó masivamente en Chile y otros países, concitando importante adhesión colectiva.

En términos teóricos, la individuación es una orientación y un enfoque sociológico que ahonda en las formas en que los individuos son producidos estructuralmente por una sociedad en un periodo histórico específico (Martuccelli, 2007). Tal perspectiva permite comprender de manera situada, a la vez que estructural, la manera en que los individuos habitan lo social, en tanto intenta dar cuenta de los retos que las estructuras sociales implican para los individuos (Martuccelli & Santiago, 2017). La individuación es resultado, por un lado, del carácter de los desafíos estructurales o *pruebas*, entendidas como “desafíos históricos, socialmente producidos, culturalmente representados, desigualmente distribuidos, que los individuos están obligados a enfrentar en el seno de un proceso estructural de individuación” (Araujo & Martuccelli, 2010, p. 83). En segundo lugar, la individuación es efecto, a nivel del actor, del “trabajo de los individuos”, la manera en que estos se relacionan con las pruebas, conforme las estructuras producen un condicionamiento activo en ellos (Martuccelli & Santiago, 2017, p. 93); es decir, en tanto conjunto de procesos y elementos que se articulan y movilizan para enfrentar las pruebas y habitar lo social.

Este estudio reconoce el carácter de *prueba* que tiene la calle para los individuos de una sociedad (Araujo & Martuccelli, 2012, t. 2), y se interesa específicamente por el trabajo de los individuos al momento de enfrentarla. Para estudiar esta dimensión de la individuación, recoge las propuestas de Kathya Araujo. La autora ha propuesto que la acción social debe ser entendida a partir de la acción simultánea de un trípede analítico: experiencias, ideales y configuración de sujeto (Araujo, 2009a). Esta perspectiva propone que el sujeto es siempre resultado de una dimensión experiencial: experiencias ordinarias que decantan en un saber-hacer sobre lo social, lo que sabemos del mundo que habitamos, las recomendaciones y vías aconsejables que devienen del aprendizaje y de los saberes pasados, configurados como el conocimiento práctico que poseemos en tanto sujetos.

Por otro lado, en tensión con la primera dimensión, se encuentran las aspiraciones del deber-ser, las expectativas ideales respecto a cómo debiese ser y funcionar uno y/o el mundo donde se habita: los ideales sociales. En otras palabras, los atributos deseables, configurados en las aspiraciones que están en la narración de sí cuando se apela a figuras ideales (Araujo, 2009b). De estos elementos surge una manera posible de habitar lo social y de percibirse a sí mismo. La configuración de sujeto, en la que se detendrá este texto, es resultado

de la confluencia de experiencias e ideales o expectativas y refiere a las imágenes que las personas desarrollan de sí mismas, así como a las orientaciones que toman sus actos en las formas ordinarias de habitar lo social.

Basada en esta perspectiva teórica, esta investigación ahondó en las significaciones que tienen la ciudad y sus calles para un grupo de mujeres jóvenes universitarias, así como en las formas que tienen de enfrentar su paso por ellas, comprendiendo que las calles son un fértil espacio donde se observan relaciones sociales y configuraciones de sujeto (Concha, 2019) y donde, por consiguiente, se expresan rasgos estructurales de la sociedad, incluida la chilena (Araujo, 2019, p. 12). En esta línea, se plantearon diversas inquietudes: ¿Cómo enfrentan las mujeres jóvenes la vida urbana? ¿Cuáles son sus principales experiencias? ¿Cuáles son las dimensiones de mayor implicancia? ¿Cuáles son sus expectativas ideales? ¿Cómo se relacionan las expectativas con sus experiencias? ¿De qué manera la experiencia urbana produce modalidades de sujeto en las jóvenes universitarias?

Para desarrollar tales temas, el estudio se basó en metodologías cualitativas con una muestra intencionada. Se realizó un total de doce entrevistas semiestructuradas a mujeres jóvenes (entre 20 y 30 años) que estuvieran realizando estudios profesionales y que vivieran en la Región Metropolitana. Las entrevistas, que se llevaron a cabo durante la segunda parte de 2017, indagaron en diversas experiencias que las entrevistadas tuviesen asociadas a la ciudad y a sus desplazamientos, y el sentido que les diesen.⁵ Para tal fin se construyó un instrumento abierto a diferentes temporalidades, algunas de cuyas preguntas fueron: ¿Cuáles son tus principales actividades fuera de tu casa? ¿Me podrías relatar tu último viaje por la ciudad, en metro, micro o caminando? ¿Qué pasó allí? ¿Cómo se trataba la gente? ¿Sales en la noche? ¿Cómo vuelves? ¿Te gusta salir o prefieres estar en tu casa? El material así recogido fue analizado de manera inductiva a través de los principios de la teoría fundamentada (Strauss & Corbin, 2002).

⁵ Dado que en una ciudad profundamente segregada como Santiago las experiencias y recorridos de la ciudad son diferentes en función de por dónde se la recorra, es importante conocer el mapa de los movimientos de las entrevistadas. Según la comuna de residencia, las entrevistadas provenían una de San Bernardo, dos de Puente Alto, dos de Providencia, y una de cada una de las comunas de La Cisterna, Ñuñoa, Peñalolén, Talagante, Santiago centro, La Florida y Recoleta. Por su parte, las comunas donde usualmente se desplazaban corresponden, en el caso de seis entrevistadas, al centro de Santiago; cuatro lo hacían en Ñuñoa y dos en Las Condes. De este modo, todas las entrevistadas desarrollaban actividades fuera de su barrio de residencia.

Desde el comienzo del trabajo de campo, se evidenció que en cuanto a la pregunta que abría espacio para hablar de las calles y sus recorridos, las entrevistadas entendían que el investigador quería conversar sobre el acoso callejero. De cualquier modo, dado que el instrumento consideraba un diseño de preguntas abierto, luego de explicado el acoso se podían explorar otras dimensiones. Por esta vía, las entrevistadas construyeron una idea de la ciudad como algo ambivalente: calles que les gustaban por la libertad y diversidad que permitían, pero que las amenazaban por diversas cuestiones relacionales: una tensión entre lo dulce y lo agraz. Así describe la calle una de las entrevistadas, casi al final de la entrevista: “Caótica y peligrosa, pero entretenida” (Antonia, 28 años).

En esa línea, el estudio mostró una ambivalente relación con el espacio urbano por parte de las mujeres jóvenes (Ulloa, 2019). Primeramente, está la condición de habitar un espacio plagado de connotaciones negativas, de carácter violento y peligroso,⁶ encarnadas en la percepción del acoso sexual callejero. Por otro lado, estas experiencias son enfrentadas de manera crítica y activa por parte de las mujeres entrevistadas, en tanto la ciudad también se reconoce como un lugar de goce y de derechos. A partir de esta última aseveración, la ciudad se revela como un importante lugar de distracción y de encuentro positivo con los otros, además de un espacio central en que realizan sus actividades comunes y ordinarias.

Consecuentemente, se trata de una ambivalencia entre el miedo y el placer, en que las propias mujeres se ven llamadas a afirmar su derecho a la ciudad y al goce de esta, a través de lo que el presente estudio plantea como una configuración de *sujeto fuerte*.⁷ De aquí en adelante serán expuestas las claves de esta configuración de sujeto, donde las experiencias del mundo urbano y el encuentro con los otros en la ciudad implican un arduo trabajo de subjetivación para las mujeres estudiadas, en tanto siempre hay que “andar atenta” a todo lo que acontece a su alrededor.

⁶ La percepción de inseguridad y violencia, en efecto, está asociado en gran medida al lugar donde se habita. Las entrevistadas de comunas de sectores bajos tenían mayores experiencias de violencia y delincuencia respecto a las calles, mientras que las que habitan en comunas de mayores ingresos poseen representaciones más dinámicas, como interactivas del espacio urbano. Esto no es novedoso, si se considera la segregación de la ciudad compuesta por polos opuestos (Araujo, 2019).

⁷ Por razones de espacio, en este texto se discuten los resultados respecto a la constitución de sujeto de la investigación. En otro sitio (Ulloa, 2019) hemos presentado detalladamente los resultados respecto a experiencias, encuentros con los otros y expectativas ideales.

EL DERECHO A LA CIUDAD

Como consecuencia de la extensión de la perspectiva de derecho y de igualdad,⁸ se constata un primer elemento definitorio de la configuración de sujeto de las mujeres jóvenes universitarias: *ellas se perciben a sí mismas como sujetas de derecho*. Plantean que en la ciudad y en el encuentro con los otros debiese funcionar el derecho. Es a partir de este ideal social que se construye la expectativa de sus relaciones sociales con los otros en la ciudad, que incluye el presupuesto de un trato horizontal y democrático y la instalación de esta posibilidad, o bien el deseo de un trato democrático al recorrer las calles de Santiago. La ciudad, para las mujeres jóvenes entrevistadas, es un derecho.

En efecto, en todas las entrevistas, la narración ideal que se hace de la ciudad se estructura a partir de la cordialidad y respecto a ideales de buen trato, relacionados con el respeto, la comensalidad y la cortesía. En este sentido, la urbe es considerada como un escenario de aprendizajes, distracciones, ofertas de consumo, un lugar de encuentro con otros y con otredades diferentes: “La ciudad, yo creo que la ciudad es una ciudad de aprendizajes, es un lugar donde podemos disfrutar si nos respetamos el uno con el otro y si lo cuidamos”, plantea al respecto Berta (22 años). Las calles son un lugar que permite el despliegue de la vida misma, de los movimientos y las acciones. En definitiva, un lugar de goce.

La experiencia de la ciudad para estas mujeres se asocia a recuerdos de la infancia, salidas familiares, caminatas con los amigos en la vida escolar o universitaria, de noviazgo caminando por los barrios más coloridos de la capital, entre tantas memorias que guardan experiencias tenidas en las calles y que construyen como parte de su biografía. Así lo describe Marcela (24 años): “[En la calle] hay un encuentro entre las personas, que puedes transitar tanto como peatón o como automovilista, que puedes encontrar distintos servicios, que te pueden ser lugares de encuentro también, como entre amigos”. Aunque no todo remite al pasado; por lo contrario, es en las calles donde acontece una parte importante de la vida cotidiana. Son ocupadas con mucha frecuencia por las universitarias —diariamente, en los días de semana—, sobre todo como un

⁸ Ambos elementos, en tanto que principio normativo, se traducen en ciertos ideales sociales específicos a cada sociedad, los cuales poseen contenidos particulares, tales como la igualdad de género, de trato, , entre otros. En esta traducción es donde el principio normativo se hace parte de las expectativas individuales y colectivas (Araujo, 2013).

espacio de tránsito hacia las obligaciones laborales o educativas. Tiempo de movilidad que es percibido como agotador y que da cuenta de que el tránsito por las ciudades es una verdadera prueba para las juventudes; en la mayoría de los casos termina por “no gustar”, al igual que ocurre en el caso de las juventudes y su movilidad por la ciudad de Buenos Aires (Tapia, 2018) y que, en el caso de Chile, produce una percepción “difícil” y segregada del espacio urbano (Frei, 2017).

Las experiencias de tránsito, sus trayectos y temporalidades, son centrales para las jóvenes. Es a partir de este material como construyen una forma de habitar el espacio social y urbano. Si bien hay un significante central de la ciudad como una jungla y lucha por el espacio y tiempo (Araujo, 2019; Barrientos, 2019), la ciudad también es percibida como un lugar de encuentros con otros y con otredades. Así lo describe Fanny (27 años): “Como que en la calle pasa de todo [risas]; pasa de todo, hay de todo; hay conversación, hay reuniones, hay juntas, hay comercio, hay lugares para transportarte, como que todo lo que necesitas está en la calle”.

La ciudad es activamente ocupada, visitada, recorrida y usada también en el tiempo libre de las entrevistadas, durante los fines de semana, como lugar de encuentro o de paseos, o como espacio donde se llevan a cabo actividades recreativas en que participa la mayoría de las jóvenes; encuentros con pares en un parque y en la vida nocturna, donde las calles y discotecas son los espacios masivamente usados por las juventudes en el *carrete* (Matus, 2005). La ciudad es, así, percibida y usada como un espacio recreativo. Como se sabe, la ciudad es productora de sociabilidad (Remy, 2012; Simmel, 2000), lo cual fue verificado por nuestra investigación: en la calle, según allí se reportó, se da parte importante de la sociabilidad de las jóvenes. La calle es percibida como un lugar que gusta y del cual se disfruta: “Sí, yo soy *callejera*”, comenta Maida (20 años), al contar que pasa mucho tiempo fuera de su casa los fines de semana.

Sin embargo, a la par de este reconocimiento de la ciudad como derecho y como espacio de goce, las entrevistadas dan cuenta de un bajo rendimiento del derecho a la ciudad, donde existe una constante percepción de inseguridad relacionada con la delincuencia, pero también —y con mucha fuerza— con la

violencia sexual.⁹ Las calles se revisten para ellas de especial complejidad. “La verdad es que yo creo que cuesta ocupar las calles; a mí, a mí, como yo (...) me cuesta ocupar las calles”, afirma Romina (26 años). Esta complejidad en el uso de la ciudad se explica porque en la relación entre las mujeres jóvenes y la ciudad existe, por parte de ellas, la sensación de estar expuestas: “Sí, una como que está expuesta en la calle, a que pase algo, no sé qué, algo, cualquier cosa” (Carola, 29 años). Las entrevistadas, todas, poseen gran acervo de experiencias negativas en las calles, muchos momentos en que se han sentido vulnerables y haber estado en peligro.

Las experiencias negativas en la ciudad no son algo aislado para ellas; en tales situaciones queda expuesta —en peligro— incluso la condición de sujeto, como efecto de la violencia machista: “[Se está expuesta] a que te digan cosas, que te violen, que te toquen, que te roben, que te maten”, plantea Jimena (23 años). Es posible sostener, sin temor a equivocarse, que todas las jóvenes poseen experiencias problemáticas en el espacio urbano. Se trata de dinámicas de violencia entrecruzadas, entre el peligro de la delincuencia y de la violencia sexual, que encarnan formas de inseguridad de género en la ciudad. Sin embargo, cabe destacar que junto con reconocerse esta dimensión problemática, ella es criticada. Esto evidencia, por consiguiente, que el ideal de derecho se ha instalado en sus expectativas, en tanto se sabe que experiencias de ese tipo no son deseables. La percepción del derecho a la ciudad promueve que las instancias percibidas como injustas y denigrantes sean criticadas con fuerza.

LA CONFIGURACIÓN DE SUJETO FUERTE

Santiago de Chile, una ciudad de evidentes desigualdades, se expresa en ambivalentes significantes para sus habitantes jóvenes femeninos. La constante sensación de verse expuesta convoca un arduo trabajo subjetivo: un permanente estado de vigilancia a lo que acontece alrededor, un constante trabajo sobre sí mismas para poder habitar, usar, compartir y transitar las calles de Santiago, y sus desigualdades. Es en este encuentro entre las expectativas y las experiencias donde se haya la particularidad de este actor: la calle se enfrenta desde una configuración de sujeto fuerte y atento. Maida (20 años) estudia en una universidad del centro de Santiago, barrio República, vive en Talagante, una

⁹ Se trata de algo estructural y cotidiano en sus vidas: “Ayer me bajé de la micro y alguien me tocó la bocina y miré *pa'* atrás y ver quién era y eran unos *pacos*, ¿*cachái?* Entonces como que, claro, yo no tengo miedo de que me asalten, pero sí me siento insegura con el acoso callejero” (Juana, 23 años).

comuna al sur de la ciudad, y en ocasiones llega oscuro a su casa. Esto es lo que ha aprendido en sus desplazamientos y lo que define es central para su relación con el espacio:

Yo ando así como, como pendiente, como mirando, como no dejándome como intimidar por ningún hueón, ¿cachái? Si yo veo algo raro, le paro el carro alto, ¿cachái? Entonces esa es como mi *pará* (...). Puedo quedar como de psicótica y toda la hueá, así como perseguida, pero... me importa una mierda.

A la vez que un derecho, la ciudad también es percibida como una arena de peligro. Aunque la actitud de estar siempre alertas sea percibida por las mismas entrevistadas como un exceso, es la experiencia social en la calle la que les recomienda que es mejor estar en ese estado, para así evitar exponerse a situaciones de riesgo. Acontece que las extendidas experiencias negativas y la expectativa ideal del derecho, chocan de manera directa entre sí. El resultado, sin embargo, no es el esperado. Las experiencias negativas no se traducen en un desuso de la ciudad, tampoco en un confinamiento ni en una relación de miedo directo respecto al espacio. Por el contrario, el resultado del choque problematiza, tensiona y cuestiona las experiencias negativas.

La fuerza del ideal impacta en las experiencias: las desnaturaliza y pone en ellas una necesidad de cambio. A partir de esto, se da una relación dialéctica con el espacio: una percepción del espacio imbuida de una lectura de género, atravesada por una experiencia generalizada de vulnerabilidad en la ciudad; y, por otro lado, portadora de una aguda y vigorosa expectativa respecto a su uso democrático. Dicha expectativa está sedimentada por la posibilidad de cambio y la necesidad, vital, del uso y derecho del espacio.

Frente a esta expectativa, las calles se perciben como un lugar de asimetrías de poder, donde las jóvenes, desde su propia agencia y una imagen fortalecida de sí, son quienes deben ejercer su derecho. Las jóvenes universitarias deben desarrollar un *fuerte trabajo de sí* para relacionarse con el espacio: “Siempre trato como de caminar segura y tranquila y *chora*, como que esa es mi *pará*, como que no me va a pasar *ná*”, sentencia Juana (23 años).

Esta modalidad de sujeto se encarna en una actitud constante, sintetizada por la mayoría de nuestras entrevistadas: “*andar atenta*”. Tal es la continuación natural de la experiencia de verse expuesta constantemente, exposición que consiste en prestar atención a todo lo que pasa: “Hay que andar atenta, siempre” (Fanny, 27 años), o “andar *aguja*” (Romina, 26 años), como sinónimo de la misma actitud. Andar atenta refiere a la actitud subjetiva que las universitarias deben desplegar para realizar sus desplazamientos por la ciudad. Un despliegue de atención constante y sistemático que es habitual en sus desplazamientos, puesto que, aunque cambie la temporalidad de sus usos (día/noche, semana/fin de semana), es la mejor forma que conocen para hacer uso del derecho a la ciudad y, con esto, ser ellas mismas sujetas de derecho.

La modalidad de sujeto fuerte, en alerta, se mantiene por el impacto que tiene en las experiencias el ideal de trato democrático. Las jóvenes consideran que la recurrencia de sus experiencias negativas no las justifica. Por el contrario, debiesen y *deben* cambiar. Es decir, tienen la capacidad de pensar que sus experiencias conocidas no tienen que seguir siendo así, y que ellas, como cualquier otro individuo, puedan usar tranquilamente la ciudad. De aquí la configuración de un sujeto fuerte, que busca sobreponerse a los retos del espacio urbano: “Trato de hacérmelo como todo más ameno” plantea Berta (22 años).

El cambio en la percepción de los códigos machistas tras sus experiencias negativas en la ciudad fue, en efecto, planteado por gran parte de las entrevistadas como una cuestión colectiva de carácter generacional y de género: “Yo hablo con mis amigas y la mayoría como que hace algo, ¿cachái? Ya hay menos que se quedan calladas, por así decirlo (...) como que te ven tan *piola* caminando y te dicen algo y como que reaccionái, y quedan así como ‘*wou*, ya, sí, *sorry*’”, plantea Jimena, de 23 años.

El extracto anterior nos lleva a un elemento esencial en esta investigación: la reacción. En efecto, nuestros resultados plantean que no hay un acatamiento pasivo o resignado de la experiencia cotidiana, sino una respuesta que la problematiza a partir de la fuerza del ideal. O, en otras palabras, a pesar de las experiencias negativas, se reconoce con fuerza en las jóvenes el desplante del ideal democrático de autonomía de su cuerpo, y sobre el sí mismas: “Sí, te *estoy* diciendo linda, me dice, pero yo no quiero que tú opines sobre mi cuerpo”, afirma con vehemencia Ana (28 años).

Sus saberes sobre lo social les aconsejan que, para evitar verse expuestas a situaciones de peligro, deben mostrarse a sí mismas de maneras agudas; por ejemplo, teniendo ensayadas y preparadas rutas de escape en caso de inseguridad, con un detallado abanico sobre las formas más recomendables y ventajosas para desplazarse por las calles, siempre en función de la luz y la presencia de otros. Esto implica un conocimiento, un estar presente, el saber sobreponerse a los riesgos de la calle. Marcela vive en una comuna del centro-sur, cerca de una calle donde hay comercio de automóviles y ferreterías, en la cual la mayoría de los trabajadores son varones. Frente a la experiencia generalizada de comentarios y gritos en torno a su cuerpo, sus desplazamientos diarios se ven modificados en función de la posibilidad de que dicho comercio está abierto, o no. El ideal tiene el efecto de que las malas experiencias no se traducen en desusos, sino en usos que afirman, por sí mismos, el derecho a la ciudad. La manera en que se enfrentan las situaciones de acoso sexual callejero es un buen ejemplo de esto.

FRENTE AL ACOSO CALLEJERO: DEL MIEDO A LA RABIA

A pesar de los altos niveles de violencia e inseguridad que el acoso callejero supone, en ningún caso las entrevistadas lo perciben de manera pasiva, ni solo desde el miedo. En efecto, el tema del “acoso” emerge rápidamente en las entrevistas. Los comentarios en torno a los atributos físicos son percibidos desde un profundo malestar y molestia, que se acrecienta en tanto se explicita como una experiencia constante y común: “Ir caminando en la calle y que te miren, que te digan, aunque te digan ‘linda’, pero si te lo dicen en un tono asqueroso es muy molesto; y tampoco que te digan ‘linda’. ¿Por qué? ¿Qué les importa a ellos?”, critica Juana (23 años). Al preguntar lo que sienten al respecto, la respuesta es categórica: “Rabia *poh*, me siento, me siento *pasá* a llevar” (Laura, 25 años).

Todas las entrevistadas perciben esta situación como una forma directa de violencia en contra de ellas, en tanto se las trata como objeto y no como personas. El acoso sexual callejero es, para las mujeres jóvenes, la percepción de ser tratada, sin su consentimiento, de manera libidinosa según los rasgos físicos y sexuales inscritos culturalmente en sus cuerpos. Se trata de un tipo de relación sexualizada: “Me siento tratada súper sexualmente”, sentencian en concierto varias de las entrevistadas.

El trato sexual es ejercido por varones; por tanto, implica una relación de género problemática, una relación de poder que funciona de manera asimétrica. A través de los relatos, los hombres aparecen como fuente de amenaza para la integridad psíquica, subjetiva y afectiva: “Te miran, te miran con cara de sexo” (Carola, 29 años). El trato sexualizado es percibido como injusto y productor de rabia. Luna (21 años), lo formula de la siguiente manera: “Me produce rabia, que te miren de esa forma. Somos personas más que objetos, *poh*”.

Un aspecto relevante identificado es que, si bien el miedo forma parte central de sus experiencias en torno al acoso, no es el miedo el sentimiento principal que acompaña la vivencia o la forma en que se la enfrenta, aunque de todas formas esté presente. A diferencia de otros contextos urbanos y sociales,¹⁰ las mujeres jóvenes universitarias chilenas lo hacen desde la indignación: “A mí me da mucha rabia, y de verdad que me indigna”, afirma Juana (23 años). Para las jóvenes universitarias, las experiencias de acoso no son vividas a partir de la negación ni mucho menos naturalizadas; más bien, son percibidas y evaluadas críticamente. Las entrevistadas, todas, resaltan lo negativo de estas experiencias: “Te violenta *poh*, es una forma de violencia. Te duele, te molesta, te enrabia (...) yo me siento súper impotente con todas estas *hueás*” Claudia (23 años). “Más que miedo, me da rabia, rabia”, plantea Fanny (27 años).

En la percepción de las jóvenes universitarias, el acoso callejero establece una relación donde los otros masculinos ponen a las mujeres en posición de inferioridad y de vulnerabilidad: el tratar sexualmente sin el propio consentimiento se percibe como una vulneración de la intimidad. El pasar a llevar el consentimiento o el hacer comentarios sexuales de sus cuerpos —es decir, algo que, en tanto sexualidad, es percibido como íntimo— envía a una situación simbólica y posición de inferioridad. Sin embargo, dicho lugar de inferioridad no es asumido, sino rechazado y criticado con fuerza por las entrevistadas. En todos los relatos abandonan el supuesto de sumisión, para autorreconocerse como sujetos de derecho y, en tanto tales, exigir un trato digno y respetuoso en la ciudad. Se trata, por tanto, de un asunto de género en verdadera transformación.

¹⁰ Por ejemplo, para el caso de la ciudad de México se ha destacado el miedo con el que las mujeres habitan y usan la ciudad (Soto, 2012), en cuanto prácticas naturalizadas por parte de la sociedad de dicho país (Gaytan, 2009).

El papel de la rabia se torna primordial, al ser la forma en que se decodifica la injusticia y, asimismo, la manera en que se responde al quiebre experiencial de las expectativas. Enfrentar desde la rabia las situaciones de acoso es reafirmar el discurso ideal del derecho de sí y de la ciudad. El *reto* del acoso para las mujeres entrevistadas, en todas las situaciones, es asumido desde una modalidad activa y robusta, desde un amplio repertorio de juicios críticos que las configura como sujeto fuerte, y no desde una modalidad pasiva. El relato de Romina (26 años), es categórico:

No, no me siento vulnerable, me siento como pasada a llevar (...) como que me siento incómoda, porque vulnerable... como que para mí sentirme vulnerable es como tener miedo, sentir que me pueden decir lo que quieran y yo no voy a hacer nada, ¿cachái? Que yo siempre voy a estar como sumisa, pero cuando me siento incómoda es como que me da rabia, mucha rabia. Quizás no le digo lo que le tengo que decir, pero sí mi actitud es otra, como que no. Yo sé que me voy a dejar de sentir, cada vez menos, sentirme incómoda. Es como, me da rabia nomás, *puta*, porque lo hicieron, qué lata, qué rabia.

Tener miedo implicaría ponerse en una posición de sumisión y no hacer nada al respecto. La rabia aparece como una fórmula que indica la vía activa, aunque no siempre se consiga —como señala Romina— para hacerle frente a algo que se percibe como una profunda injusticia. A través de la rabia se codifica la autoconciencia de los propios derechos. A lo que apunta la expresión de la rabia, por tanto, es a dar cuenta de que el acoso sexual implica una vulneración del derecho a la ciudad. A ellas, como a todos, les gustaría poder usar las calles con tranquilidad.

Una debería caminar tranquila por la calle, de poder tomarse un copete donde quiera, o andar con la falda más corta del universo sin que nadie te tuviera por qué hacer daño (...) y que yo también estoy tratando de hacer algo contra eso *poh*. Reacciono, no me quedo callada. (Claudia, 23 años).

La conciencia de sus derechos legitima la demanda de las jóvenes por respeto al cuerpo y a la autonomía individual.

En cuanto a las respuestas al acoso, en las formas de hacerle frente y debido a la conciencia de su demanda, en su mayoría las entrevistadas plantearon que siempre, dependiendo del contexto y el nivel de inseguridad en que estaban, habían respondido a las situaciones de acoso y a sus ejecutores a través de gestos o interpelaciones directas con “paradas de carro”. Se trata de que la situación, dentro de lo posible, sea enfrentada y así no permitir que acontezca sin expresar molestia. Una forma recurrente de respuesta fue a través de las miradas. Se responde con una mirada desafiante y directa:

Yo devuelvo la mirada, pero como pesada ¿cachái? (...) como para que ellos se incomoden también, como, no te quiero mirar (...). Así como mirarlo a los ojos y pa' que se sientan incómodos y dejen de mirar ¿cachái? (...). Pero súper, es súper incómodo, y son cosas así de simples que, que de repente no sé, lo harán a propósito, pero de verdad que es muy desagradable. (Luna, 21 años).

Las calles se constituyen así, para estas jóvenes, en una arena en la que se escenifican, con demasiada frecuencia, los límites y vulneraciones al respeto debido a su libertad, su autonomía y al principio de reciprocidad, por la intervención de prácticas de interpelación masculinizada, que ponen en el centro a sus cuerpos y las colocan en una posición de objeto. En un momento en que, para ellas, el ideal de los sujetos de derechos, la igualdad entre los sexos y la autonomía avanzan, la experiencia del acoso callejero cobra visibilidad porque deja de ser legítima, y se hace de manera más clara e intensa objeto de rechazo y rabia.

ESTRATEGIAS Y APROPIACIÓN DEL ESPACIO

Una manera en que se afirma la condición de sujeto fuerte es que las experiencias negativas no se traducen en un desuso de la ciudad. A pesar de sus experiencias de peligro, y dada la vigorosa fortaleza de sus expectativas del derecho de sí y de la ciudad, las universitarias mantienen una activa relación con el espacio. Dado el juicio crítico que ellas hacen de la ciudad y del actuar de los otros, dejar de usar la ciudad sería dar la razón a las situaciones de abuso, o bien frenar su desnaturalización. Por el contrario, en función de que se posicionan activa, constante y críticamente desde el uso mismo de la ciudad, crean estrategias para ejercer su derecho al espacio y, con ello, problematizar las situaciones vividas como vejaciones.

Una manera en que se afirma la condición de sujeto fuerte es que, para hacer uso de la ciudad —enfrentar la vulnerabilidad y sus exigencias—, se requiere disponer de un conjunto diverso y complejo de estrategias prácticas: movimientos evasivos, variaciones en la ruta, salidas acompañadas, cambios de vestimenta; también planificación de los desplazamientos, un saber minucioso respecto a los tiempos de uso de la ciudad y calles por las que se movilizan, sus horarios, usar micros en vez del metro (sentarse cerca del chofer para no estar sola), entre las formas más comunes. En definitiva, un repertorio de formas para enfrentar situaciones percibidas como injustas o, en palabras de Romina, de diferentes métodos de defensa y formas de habitar el espacio: “Mira, hay calles que tu *sabí* que no *podí* pasar a ciertas horas, ¿*cachái*? Hay calles que tu *decí*, no, por aquí la voy a evitar”, sentencia Claudia (23 años).

Dados los aprendizajes devenidos de las experiencias de acoso, es usual que se produzcan estrategias para intentar no verse enfrentadas a tales situaciones. Por un lado, estrategias evitativas, que contribuyen a generar especies de mapas con zonas vedadas para sus trayectos, sobre todo los lugares oscuros y deshabitados. Para las jóvenes, los lugares oscuros se transforman en verdaderas “bocas de lobo” de índole sexual.

También, se trata de habilidades prácticas para lidiar con la calle, pero sobre todo para vivirla. Cuando más, se trata de una actitud: “Siempre trato como de caminar segura y tranquila y *chora*, como que esa es mi *pará*, como que no me va a pasar *na*” (Marcela, 24 años). Estas estrategias son, en su mayoría, protecciones en contra del acoso callejero, potenciadas por una percepción crítica de la hegemonía masculina en el espacio público, a diferencia de otros contextos donde se da cuenta de un retraerse del espacio urbano por parte de las jóvenes (Vallejo & Rivarola, 2013).

Simultáneamente, las estrategias señaladas están provistas de cierta forma de practicidad: cómo usar las calles a pesar de la vulneración. A la vez que se reconoce lo injusto de las situaciones vividas como vejaciones, y aun cuando se las enfrenta discursivamente, para las jóvenes en ocasiones es necesario darle mayor relevancia a continuar con los desplazamientos y utilizar la experiencia y estrategias para cumplir los propios cometidos, sin darles mayor importancia a ciertas situaciones incómodas. Se trata de una funcionalidad pragmática. En situaciones en que se esté obligada a utilizar el transporte urbano, puede ser preferible ignorar el acoso, en tanto se le quita relevancia para poder cumplir

los propios cometidos, sin que ello signifique que se lo desconozca.

La compañía masculina es un ejemplo extendido de lo anterior. Se trata de una estrategia usada frecuentemente y utilizada por su valor práctico —una protección segura—, pero que, sin embargo, es criticada discursivamente: “O sea, yo feliz andaría en la calle así sola, ¿cachái?, con una amiga, pero si voy con un hombre, es la protección de un hombre, ¿cachái?”, plantea Juana (23 años). Aunque criticada discursivamente, por su sesgo machista, las jóvenes utilizan esta estrategia pues, pragmáticamente, funciona; es decir, van más protegidas. Se trata, como sea, de una cuestión que refiere a estereotipos de género: “La sociedad impone, como que el hombre es el fuerte, el hombre te protege, y aunque yo lo quiera o no, es solamente la imagen de que vaya un hombre. Porque mi hermano tampoco es, tampoco es súper grande. Es súper flaco y chico, así como casi de mi porte, un poco más alto, pero si va él, va a ser diferente”, explica Luna (21 años).

Entre las estrategias que desarrollan, las jóvenes despliegan saberes minuciosos relativos a los lugares por donde deben moverse. Por ejemplo, estrategias prácticas, como saber calibrar la relación entre luminosidad y presencia de otras personas, dependiendo de las condiciones del espacio. Y junto a tales medidas, estrategias simbólicas. Estas se expresan sobre todo en las narrativas críticas con las que explican las jóvenes sus experiencias problemáticas. En ellas hacen uso de un rico repertorio conceptual y metafórico para problematizar las situaciones vividas. Desarrollan en sus discursos, meticulosamente, cuestionamientos respecto al actuar de los acosadores; en particular, interrogan con qué autoridad y derecho se atreven a acosarlas. Un buen ejemplo de esto es la representación simbólica del “viejo verde” (hombres mayores que sexualizan, a través de diferentes maneras, el cuerpo de las jóvenes). Las entrevistadas realizan la representación simbólica de que podrían ser sus nietas, apelando así a la conciencia de los sujetos. El relato de Carolina (29 años) es expresivo de lo anterior: “Me encantaría darme vuelta y decirles que, si tienen hijas, ¿cuántos años tienen?, ¿que si les gustaría que les hicieran esas cosas? Que, además, no tienen por qué tratarnos así”.

Se trata de maneras figurativas y metafóricas que hacen más transitable las calles. Por ejemplo, al preguntar por el transporte urbano y las horas punta, Berta (22 años) responde: “Trato de hacérmelo como todo lo más ameno posible, como que voy jugando y escuchando música”. Existe un trabajo directo

del individuo: tomar la actitud de transformar algo de por sí desagradable —ir atestados en el transporte urbano a las horas de mayor afluencia— en algo más vivible, más soportable.

Todo lo anterior significa, en tanto apropiación, que para las mujeres jóvenes las calles son un gran reto y, por consiguiente, un arduo trabajo. El trabajo mismo de la configuración de sujeto es llevado a su máximo rendimiento. La configuración de sujeto, las experiencias de vulneración y expectativa de derecho, siempre están operando en sus desplazamientos. La configuración de sujeto fuerte es un rendimiento constante exigido por las calles en el caso de las mujeres jóvenes. No es una agudeza que se deba desplegar en ciertos momentos, sino que es exigida en la mayoría de los movimientos y acciones de las mujeres jóvenes por el espacio urbano.

La ciudad exige, por tanto, formas de apropiación del espacio y del sí mismo, que, dado lo anterior, son inevitablemente fuertes, pero a través de las cuales se puede realizar un deseo particular y relevante, planteado por la mayoría de nuestras entrevistadas: la experiencia de libertad y de encuentro con otros. Ambos elementos fueron centrales respecto a la imagen de sí que tienen en el espacio urbano. Berta piensa que las calles de Santiago son hostiles, pero entretenidas. Le preguntamos por qué: “Porque *tení* que andar con cuidado, porque o te pueden robar o hacer algo, pero aun así igual *podí* andar con cierta libertad, y *encontrái* de todo así, en la calle *encontrái* de todo así, es el mejor *mall*”. Y Claudia (23 años) agrega: “Es tan rico cuando *interactuái* con la mirada con alguna persona y, hoy día mismo, en el metro vi como al guardia y nos miramos, nos sonreímos, y fue como ‘oh, bacán’, porque como que una buena vibra en la vida, poh, *¿cachái?*”. Las calles y su uso democrático, por tanto, son una pieza central en el proceso de individuación de las jóvenes, que les ofrecen la posibilidad de un elemento central: la libertad y el encuentro con otros.

CONCLUSIONES

Los elementos analizados son, en definitiva y retomando el operador analítico utilizado por esta investigación, un arduo trabajo del individuo. La ciudad y sus calles *trabajan* constantemente a las mujeres jóvenes. Ser sujeto en la ciudad, constituirse y preservarse como tal, implica manejar un conjunto de técnicas y habilidades de resguardo de sí. La calle obliga a mostrarse como sujeto fuerte y no débil. Las calles, por tanto, implican para ellas un trabajo constante de resguardo de sí.

Entonces, lo específico de estas actoras es que, a pesar de las dificultades que puede producir la experiencia en la ciudad, en sí mismas no representan una negación o marginación en el uso del espacio, sino que comportan una agudización de dicho uso a través de estrategias activas de apropiación de la ciudad por parte de las jóvenes, movimientos que responden a su condición de sujeto de derecho. Ellas no enfrentan la relación con el espacio desde una modalidad de sometimiento a las lógicas de abuso, de género u otras, sino en relación con y debido a una fortalecida imagen de sí y confianza en sus habilidades (Araujo, 2019, p. 28), Viven los desafíos callejeros desde una modalidad de crítica activa, desde la posibilidad de su transformación. Estas posibilidades de transformación afectan las prácticas concretas, pero, sobre todo y especialmente, las expectativas e ideales y las formas de autoconcebirse de las propias mujeres, las cuales son resultado de un complejo conjunto de factores. Es decir, ellas mismas se ven compelidas a hacerse cargo de sus experiencias cotidianas urbanas, en tanto que “híper-actoras” (Araujo & Martuccelli, 2014).

En la experiencia realizada se identifica con fuerza un rico discurso de las jóvenes que critica la falta de igualdad de género, que problematiza sus derechos, sobre todo como mujeres, frente a lo cual deben desplegar estrategias y modalidades de carácter individual. En este sentido, las jóvenes entrevistadas se perciben en tensión respecto al colectivo social en que habitan, viéndose a sí mismas como sujetos que, en lo urbano, solo cuentan con ellas mismas y sus propias estrategias para sobrevivir y desarrollar un complejo proceso de democratización de la vida social. Desde la óptica de estas actoras, se expresa, entonces, una forma particular de individualismo y género en las calles de Santiago de Chile, entendido como una variante del individualismo agéntico latinoamericano, donde el foco de individuación se anida en los individuos y

sus habilidades propias para constituirse en sujeto y mantenerse en lo social, y no solo en las instituciones (Araujo & Martuccelli, 2019).

Sin lugar a dudas, un actor que ha participado en este proceso de tensión entre viejas prácticas tradicionales (el piropo) y nuevas ideas relacionales (la crítica al piropo), es el feminismo. Ello en tanto que este actor apunta, a grandes rasgos, a una democratización de las sociedades y de los lazos sociales a través de la tensión, problematización y politización de la vida cotidiana.

En las últimas revueltas feministas, y en el llamado “otoño/mayo feminista” de 2018, han tenido un decisivo papel las jóvenes universitarias, tanto para impugnar formas tradicionales de relaciones de género y denunciar el abuso y acoso en diferentes espacios y niveles; al respecto, una apuesta central ha sido en contra del acoso sexual callejero (ocac, 2016). Es conveniente recordar que estas movilizaciones se enmarcan en una larga historia del feminismo en el país y en Latinoamérica, y no son efecto de una coyuntura.¹¹

En este sentido es posible ver la reemergencia de un nuevo sujeto político feminista que problematiza y tensiona cuestiones relacionadas con la intimidad y la sexualidad (Follegati, 2018), donde las jóvenes tienen un rol central. Al igual, por ejemplo, que en el caso de las diversidades sexuales, desde donde se critica a la institucionalidad por su carácter sexista y machista. Las movilizaciones de las feministas jóvenes de carácter autonomistas, como Las Tesis, han permitido avanzar en la agenda de debate respecto al género y los procesos de democratización en las instituciones.

Aunque cabe decir que la polémica en materia de género y democratización se ha desatado, tener como tarea prioritaria las denuncias y la vía jurídica no permite avanzar en el trabajo en otros ámbitos, como la vida privada, dado que gran parte de la energía política está puesta en el castigo y la legislación (Cuello & Disalvo, 2018; Lamas, 2018). Siendo la tarea de democratización una cuestión estructural que remite a las sociedades en su conjunto, es menester superar

¹¹ En esta larga historia encontramos, por ejemplo, a las feministas chilenas de los años ochenta, quienes tradujeron el lema del feminismo de la segunda ola norteamericano, “lo privado es político”, en “democracia en el país y en la casa”, en el contexto de la lucha contra la dictadura (Kirkwood, 2010). Hoy es posible renovar y extender la idea y anhelo de democratización a ámbitos como el trabajado por este texto, —las calles—, pero también a las relaciones sociales, y a diversas instituciones, entre muchos otros ámbitos (Araujo & Martuccelli, 2012).

estereotipos de género para considerar que las transformaciones en las interacciones y relaciones sociales constituyen una cuestión que toca a todos los miembros de una sociedad.

Por tanto, un punto en común entre la configuración de sujeto fuerte y el feminismo actual es la exigencia por mayor autonomía y libertad. Es posible ver efectos concretos del feminismo en las mujeres jóvenes de la generación investigada. Asistimos así a un fenómeno de doble dimensión: de un lado, el feminismo tiene notables efectos en las juventudes, al menos en las femeninas; del otro, el feminismo se renueva a través de las nuevas lecturas de las jóvenes y la forma en que consideran problematizar la democratización de la vida social.

Finalmente, cabe decir que la reflexión desarrollada, desde las sociologías de la individuación, permite trascender una dicotomía generalizada en los estudios de género: el género femenino como pasivo y el masculino como activo. Con base en nuestros resultados empíricos, observamos cómo las jóvenes universitarias se producen activamente en tanto que sujetos frente a los límites que imponen las condiciones estructurales. La calle, en conclusión, tiene importantes efectos para la constitución de sujeto de las mujeres jóvenes.

BIBLIOGRAFÍA

- Arancibia, J., Billi, M. & Guerrero, M. J. (2017). ¡Tu 'piropo' me violenta! Hacia una definición de acoso sexual callejero como forma de violencia de género. *Revista Punto Género*, (7), 112–137. <https://doi.org/10.5354/0719-0417.2017.46270>
- Araujo, K. (2009a). *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual*. Santiago de Chile: lom.
- Araujo, K. (2009b). *Dignos de sur arte. Sujeto y lazo social en el Perú de las primeras tres décadas del siglo XX*. Madrid/Frankfurt: Iberoamerican Vervuert Verlag.
- Araujo, K. (2013). La igualdad en el lazo social: procesos sociohistóricos y nuevas percepciones de la desigualdad en la sociedad chilena. *Dados*, 56(1), 109–132. <https://doi.org/10.1590/S0011-52582013000100005>
- Araujo, K. (2019). *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile*. Santiago de Chile: lom.
- Araujo, K. & Martuccelli, D. (2010). La individuación y el trabajo de los individuos. *Educação e pesquisa*, 36(número especial), 77–91. <https://doi.org/10.1590/S1517-97022010000400007>

- Araujo, K. & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos* (2 tomos). Santiago de Chile: lom.
- Araujo, K. & Martuccelli, D. (2014). Beyond institutional individualism: Agentic individualism and the individuation process in Chilean society. *Current Sociology*, 62(1), 24–40. <https://doi.org/10.1177%2F0011392113512496>
- Araujo, K. & Martuccelli, D. (2019). Problematizaciones del individualismo en América Latina. *Perfiles Latinoamericanos*, 28(55), 1–25. <https://doi.org/10.18504/pl2855-001-2020>
- Barrientos, M. (2019). El metro. En K. Araujo (coord.), *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile* (pp. 115–141). Santiago de Chile: lom.
- Bourdieu, P. (2013). La “juventud” no es más que una palabra. En P. Bourdieu, *Sociología y cultura* (pp. 163–173). México, DF: Grijalbo.
- Casgrain, A. (2014). Gentrificación empresarial en el centro de Santiago. Contradicciones en la producción del espacio residencial. En R. Hidalgo & M. Jonoschka (eds.), *La ciudad neoliberal. Gentrificación y exclusión en Santiago de Chile, Buenos Aires, Ciudad de México y Madrid* (pp. 59–73). Santiago de Chile: Serie Geolibros N° 19, Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile / Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Autónoma de Madrid.
- Concha, J. (2019). La Pobra. En K. Araujo (coord.), *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile* (pp. 91–114). Santiago de Chile: lom.
- Cuello, N. & Disalvo, L. M. (comps.). (2018). *Críticas sexuales a la razón punitiva. Insumos para seguir imaginando una vida juntos*. Neuquén, Argentina: Ediciones Precarias.
- De Mattos, M., Fuentes, L. & Link, F. (2014). Tendencias recientes del crecimiento metropolitano en Santiago de Chile. ¿Hacia una nueva geografía urbana? *invi*, 29(81), 193–219. <http://www.revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/837>
- Dalmazzo, M. (comp.) (2011). *Violencia basada en género y ciudadanía de mujeres. Abordaje sobre la violencia hacia las mujeres en Bogotá*. Bogotá: arfo Editores.
- Duarte, K. (2015). Estudios juveniles en Chile “devenir de una traslación”. En P. Cottet (coord.), *Juventudes: metáforas del Chile contemporáneo* (pp. 23–46). Santiago de Chile: ril.
- Duarte, K. (2018). Investigación social chilena en juventudes. El caso de la revista Última Década. *Última Década*, 26(50), 124–154. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362018000300124>
- Falú, A. (2009). *Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos*. Santiago de Chile: Red Mujer y Hábitat de América Latina / Ediciones sur. <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=902>
- Fauré, D. (2020) El 2011 estudiantil chileno como desafío analítico para las ciencias sociales: hacia la construcción de una nueva matriz para leer los movimientos (2001–2011 y más allá). *Última Década*, 26(48), 35–71. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362018000100035>

- Fernández, R. & Moreno, (2019). Feminismos en las revueltas. En K. Araujo (ed.), *Hilos tensados: para leer el octubre chileno* (pp. 273–298). Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile.
- Follegati, L. (2018) El constante aparecer del movimiento feminista. Reflexiones desde la contingencia. En F. Zerán (ed.), *Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado* (pp. 77–909). Santiago de Chile: lom.
- Frei, R. (2017). Millennials in LAC. El caso de Chile: aspiraciones segmentadas y cursos de vidas institucionalizados. *Documento de Trabajo*, Espacio Público. <https://bit.ly/3gu5C2a>
- Frías & Garcés, (2019). El malestar “prendió”: reflexiones sobre las experiencias de trabajo de las y los jóvenes en Chile. En K. Araujo (ed.), *Hilos tensados: para leer el Octubre chileno* (pp. 127–148). Santiago de Chile: Universidad de Chile, Colección idea. <http://milenioautoridad.cl/wp-content/uploads/2020/01/HILOS-TENSADOS-WEB.pdf>
- Fuentes, L., McClure O., Moya, C. & Olivos, C. (2017). Santiago de Chile: ¿ciudad de ciudades? Desigualdades sociales en zonas de mercado laboral. *Revista de la CEPAL [LC/PUB.2017/8-P]*, (121), 93-108. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (cepal), <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/41157?locale-attribute=es>
- Gardner, C. (1995). *Passing by: Gender and public harassment*. Berkeley and Los Angeles, CA: University of California Press.
- Gaytan, P. (2009). *Del piropo al desencanto: un estudio sociológico*. México, DF. Universidad Autónoma de México, Colección Sociología, Serie Estudios. <https://core.ac.uk/download/pdf/48393602.pdf>
- Gaytan, P. (2011). Calle, cuerpo y género. La identidad como proceso en la ciudad de México. *Acta Sociológica*, L(55), 37–54. <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2011.55.27980>
- Hopenhayn, M. (2011). Juventud y cohesión social: una ecuación que no cuadra. En M. Hopenhayn & A. Sojo (eds.), *Sentidos de pertenencia en sociedades fragmentadas* (pp. 283–303). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Instituto Nacional de la Juventud [injuv]. (2019). Novena Encuesta Nacional de Juventud 2018. Santiago de Chile: Instituto Nacional de la Juventud, Ministerio de Desarrollo Social y Familia. [http://www.injuv.gob.cl/storage/docs/9%C2%B0 Encuesta Nacional de Juventud 2018.pdf](http://www.injuv.gob.cl/storage/docs/9%C2%B0%20Encuesta%20Nacional%20de%20Juventud%202018.pdf)
- Jirón, P. & Imilán O (2019). Moviendo los estudios urbanos. La movilidad como objeto de estudio o como enfoque para comprender la ciudad contemporánea. *Quid*, 16(10), 17–36. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/quid16/article/view/2899>

- Kirkwood, J. (2010). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago de Chile: lom.
- Lamas, M. (2018). *Acoso. ¿Denuncia legítima o victimización?* Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Matus, C. (2005). El carrete como escenario: una aproximación etnográfica a los códigos de la sexualidad ocasional en jóvenes urbanos. *Última Década*, 13(22), 09–37. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362005000100002>
- Márquez, F. (2003). Identidad y fronteras urbanas en Santiago de Chile. *Revista Belo Horizonte*, 10(14), 35–51. <http://periodicos.pucminas.br/index.php/psicologiaemrevista/article/view/181/191>
- Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago de Chile: lom.
- Martuccelli, D. & Santiago, J. (2017). *El desafío sociológico hoy. Individuos y retos sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Mendes, J. & Schawarz, J. (2012). *Juventudes y género. Sentidos y usos del cuerpo, tiempos y espacios en los jóvenes de hoy*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Observatorio de Acoso Callejero [ocac]. (2016). *¿Está Chile dispuesto a sancionar el acoso callejero? Estudio de caracterización y opinión sobre el acoso callejero y sus posibles sanciones*. Santiago de Chile: Observatorio de Acoso Callejero. <https://bit.ly/3gwma9N>
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo Humano (pnud). (2010). *Desarrollo Humano en Chile. Género: los desafíos para la igualdad*. Santiago de Chile: pnud. <https://bit.ly/3ejaULM>
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo Humano (pnud). (2017). *Desarrollo Humano en Chile. Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Santiago de Chile: pnud. <https://bit.ly/2yC20tE>
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo Humano [pnud] (2019). *Desarrollo Humano en Chile. Diez años de auditoría a la democracia. Antes del estallido*. Santiago de Chile: pnud. <https://bit.ly/36yFw9D>
- Red Chilena contra la Violencia Doméstica y Sexual (2007). *Dossier Informativo 2007*. En línea. http://www.feim.org.ar/pdf/blog_violencia/Dossier2007RedChilena.pdf
- Remy, J. (2012). Gran ciudad y pequeña ciudad: tensiones entre sociabilidad y estética en Simmel. En F. Márquez (ed.), *Ciudades de Georg Simmel* (pp. 21–54). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Sandoval, J. & Carvallo, V. (2019). Una generación “sin miedo”: análisis de discurso de jóvenes protagonistas del movimiento estudiantil chileno. *Última década*, 27(51), 225–257. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362019000100225>

- Sandoval, S. D. (1998). Atribuciones causales del fenómeno de hostigamiento sexual. En P. Bedolla, O. Bustos, G. Delgado, L. Parada & B. García (comps.), *Estudios de Género y Feminismo II* (pp. 65–102), México, DF: Fontamara / Universidad Nacional Autónoma de México (unam).
- Segato, R. T. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Servicio Nacional de la Mujer (sernam). (2012). *Estudio. Acoso y abuso sexual en lugares públicos y medios de transporte colectivos*. Santiago de Chile: sernam. <https://bit.ly/36C32m3>
- Simmel, G. (2000). The sociology of sociability. En D. Frisby & M. Featherstone (eds.), *Simmel on Culture* (pp. 120–129). London: sage.
- Soto, P. (2012). El miedo de las mujeres a la violencia en la ciudad de México. Una cuestión de justicia espacial. *Revista INVI*, 27(75), 145–169. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582012000200005>
- Soto, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. *Perspectiva Geográfica*, 23(2). <https://revistas.uptc.edu.co/revistas/index.php/perspectiva/article/view/7382>
- Strauss, A. & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia. <https://diversidadlocal.files.wordpress.com/2012/09/bases-investigacion-cualitativa.pdf>
- Tapia, (2018). “No me agrada viajar”. Moverse en la ciudad como desafío cotidiano para jóvenes de barrios populares de Buenos Aires. *Última Década*, 26(48), 201–233. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362018000100201>
- Ulloa, F. (2019). Santiago y las mujeres jóvenes: del acoso callejero al goce en la ciudad. En K. Araujo (coord.), *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile* (pp. 175–208). Santiago de Chile: lom.
- Vallejo, E. & Rivarola, M. P. (2013). *La violencia invisible: acoso sexual callejero en Lima y Callao*. Serie Cuadernos de Investigación, 4. Lima: Instituto de Opinión Pública, P. Universidad Católica del Perú.
- Zerán, F. (2018). *Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado*. Santiago de Chile: lom.
-